

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Racismo y poder en la sociedad mexicana. Origen, evolución y consecuencias.

Joaquín Careaga Medina.

Cita:

Joaquín Careaga Medina. (2009). *Racismo y poder en la sociedad mexicana. Origen, evolución y consecuencias. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/425>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Racismo y poder en la sociedad mexicana.

Origen, evolución y consecuencias.

Joaquín Careaga Medina.

Profesor-Investigador

UNAM FES- Acatlán

icareaga@unam.mx

INTRODUCCIÓN

Revisar el fenómeno del racismo y de las identidades en las sociedades implica definir tales categorías. En principio, entiendo al racismo como una relación de poder social, cultural, política y económica de un grupo sobre otro, resaltando particularmente, el aspecto físico, lo que fundamenta en esencia la legitimidad social de descalificar a los que se consideran diferentes, al extremo de despreciarlos y negar sus expresiones culturales. En cuanto a la identidad, considero que es un parámetro que define al individuo por sus particularidades físicas y culturales en tanto miembro de un grupo por lo que como actor social siempre ocupa un lugar en la sociedad; por lo mismo, desempeña diversos papeles que lo explican como un sujeto que se interrelaciona y se identifica con los demás porque obedecen a un conjunto de manifestaciones culturales compartidas, tales como: la lengua, la religión, la culinaria, las celebraciones, las fiestas, las tradiciones y valores que generan un comportamiento social que podríamos llamar la identidad colectiva o social, puesto que el grupo

reproduce los conjuntos rituales, las prácticas sociales y la creación y uso de las tecnologías, que permiten que los individuos sientan que pertenecen a ese grupo.

Por lo mismo, las identidades colectivas requieren de reconocimiento para existir socialmente; en caso de no ser así, la identidad social no se construye, por lo que en esta circunstancia la necesidad de pertenencia y de identidad se orienta al pasado con la finalidad de permanecer en el futuro y asentarse en el presente con los símbolos del ancestro remoto; además de las semejanzas culturales, religiosas, ocupacionales, recreativas y de clase social.

En suma, el poder de grupo se expresa sobre el dominio de otro a partir del rechazo que se expresa a través del control social sobre los estigmatizados, lo que explica que el racismo se defina como una expresión de dominio sustentado en la descalificación física y cultural del otro.

EL RACISMO EN LA SOCIEDAD MEXICANA

En México, con el triunfo de la Revolución (1921)¹ se impulsó un nacionalismo que se identificó con el mestizaje, por lo que se crearon estructuras e instituciones sociales que difundieran la creencia compartida de que tal grupo social representaba la cultura legítima, por lo que se autodesignaron como los indicados para ejercer el control sobre los indígenas y campesinos, por lo que continuaron descalificándolos como en los cuatrocientos años anteriores.

En la sociedad mexicana contemporánea el racismo se localiza en el dominio mestizo que somete y descalifica, especialmente a los segmentos indios y campesinos que se asienta en creencias ideológicas basadas en atributos físicos, culturales y sociales que continúan reproduciéndose. Significa que el grupo dominante sigue controlando al grupo excluido mediante prácticas de opresión, supresión, exclusión o marginación a través de una carga cognitiva y cultural subjetiva, supuestamente sin actitudes o ideologías prejuiciadas.

Las prácticas discriminantes y cogniciones sociales subyacentes no precisan acompañarse explícitamente de una ideología sobre la superioridad racial; simplemente se aplican como prácticas racistas porque los miembros de un grupo, basándose en su percepción aprendida, las ejercen como algo “natural”, incluso cuando no puede darse ninguna excusa o explicación razonable que justifique tales acciones negativas, como cuando por ejemplo, un catedrático subestima las habilidades académicas de un alumno porque su piel es morena y no porque tenga un motivo crítico académico específico. Instrumenta prácticas negativas cotidianas generalizadas y fundamentadas en cogniciones sociales compartidas sobre las diferencias raciales o étnicas del

¹ En 1921 se iniciaron los gobiernos llamados *posrevolucionarios* conformados con población mestiza a diferencia del porfiriato cuya elite estaba constituida por criollos.

grupo estigmatizado que el grupo dominante lo observa como portador de un conjunto de valores negativos.

LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

Uno de los conceptos centrales del libro de Thompson² es el de reproducción, tanto en su significado biológico como en el étnico que sugiere la continuación o duplicación de objetos, organismos, especies o imágenes existentes. La reproducción social también implica la continuación de las mismas estructuras, fruto de procesos activos, como es el caso de una cultura, una clase, o de hecho todo el sistema social, para perpetuar, precisamente, las estructuras sociales, las normas y los valores culturales. En este orden, la reproducción del sistema del racismo requiere siempre la existencia de un grupo dominante, atribuyendo su poder en función de su pigmentación epidérmica y la supuesta excelencia de su cultura.

En consecuencia, no hay sujetos aislados puesto que están en interacción continua en la perspectiva de la relación poder-sujeción; esto es, cada uno de los sujetos o actores sociales generan alguna forma de poder por un lado, y por el otro, todo sujeto comparte siempre una identidad bajo el marco de las interacciones simbólicas marcadas por la identificación con los interlocutores, lo que conduce a la formación de lo que podría definirse la identidad colectiva y más aún la identidad social, en tanto que la identidad como proceso implica que a su vez los sujetos definen su diferencia de los otros mediante la auto asignación de un repertorio de atributos culturales frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo. Se trata de la identificación del individuo con el grupo y con la sociedad, así como los atributos que determinan la unidad idiosincrática del sujeto en colectivos, tales como: propiedades de carácter, modos de vida, tejido personal de relaciones internas con los que considera sus iguales, característica que complementan la identidad del individuo.

En suma, se conforman códigos de valores que al establecer comparación con los que consideran diferentes los valoran con códigos descalificadores; esto es lo que explica las diferencias de los individuos de una clase social respecto de otra; de un grupo respecto de otro, de una sociedad respecto de otra o de una cultura respecto de otra, de un blanco respecto de un negro y de un mestizo, en la particularidad mexicana, respecto de un indígena.

En general, la apariencia y el origen suelen ser los criterios principales para la diferenciación de los grupos, lo que conduce a que surjan otras características culturales que se convierten en un factor predominante en el proceso de categorización y de diferenciación, tales como el etnicismo o el racismo, aún cuando las diferencias raciales sean mínimas o desempeñen un papel subordinado en

² Véase Thompson, John, B. (1998), *Ideología y Cultura Moderna*, UAM, Xochimilco, México.

el proceso de categorización. Cuando las diferencias de pigmentación son notorias, indudablemente el grupo dominante sustenta la inferioridad de los otros a partir de las diferencias de color y consecuentemente de culturas identificándolas como inferiores e incluso incapaces de promover procesos de desarrollo y evolución cultural y tecnológica.

ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL RACISMO EN LA SOCIEDAD MEXICANA

Precisamente, el suceso de la conquista española que sometió a las culturas mesoamericanas implicó la eliminación de su identidad porque el espacio americano perdió sus connotaciones propias tan pronto como el vencedor comenzó a clasificarlas con sus nombres de origen territorial y cultural, lo que provocó la desestabilización de las configuraciones y cosmologías mesoamericanas. La conquista y posteriormente la colonización destruyeron la hegemonía del mundo conocido por los mesoamericanos obligados a vincularse a una metrópoli fuera de su orden y organización de su universo, por que se impuso el orden y visión del conquistador que expresó una nueva relación a partir del suceso; evidentemente, el mundo indígena fue mirado y comparado con la cultura española en particular y con la cultura occidental europea en general.

El conquistador impuso su lenguaje para destruir las lenguas autóctonas y los significados de los símbolos gestados por las culturas mesoamericanas. Indudablemente los pueblos derrocados fueron descritos y clasificados de acuerdo a la visión del conquistador y posteriormente del colonizador perteneciente a un estado de ultramar que nombró cronistas que relataron los hechos conforme a su lengua, con sus significados y sus símbolos que no incluyeron en absoluto la interpretación y opinión de los pueblos vencidos; fueron ignorados brutalmente³

Se desprende que los indios dejaron de existir por ellos mismos debido a que su historia, su cultura y su filosofía no sólo se les arrebató sino los indujeron a que la rechazaran, por lo que dejaron de ser sujetos de la historia para convertirse en testimonio de la acción conquistadora y colonial; en esta medida, el indígena acumuló un pasado minimizado y subestimado frente a la mirada del vencedor. La conquista y la estructura colonial determinaron que la realidad histórica exaltara la obra del conquistador creando en el sometido una conciencia colonial. El conquistador se convirtió en el agente de la historia y el vencido solamente tuvo el papel de receptor pasivo de la acción de los vencedores, por lo que dejó de ser objeto de su propia historia. ⁴

³ Véase Florescano, Enrique (1994.) *Memoria Mexicana* F.C.E. México pp. 13-57

⁴ Touraine, Alain, (1994.) *Producción de la Sociedad*, ed. UNAM, México.

EL RACISMO EN EL MÉXICO INDEPENDIENTE DEL SIGLO XIX

La independencia política de México de ningún modo significó la conjunción de todas las fuerzas sociales que conformaban la sociedad mexicana de 1821. En principio, la consumación de la independencia la llevaron a cabo los criollos que eran dueños de la tierra, los jerarcas de la iglesia y del ejército; precisamente la punta de la pirámide de una sociedad en la que abrumadoramente dominaba la población indígena y mestiza⁵, grupos mayoritarios que durante el colonialismo carecían de derechos: ni propietarios de tierra, ni de herramientas, ni de ganado y tampoco la posibilidad de educarse; simplemente existían como mano de obra esclava; peones, cargadores o servidumbre. Significa que la Independencia no eliminó la estructura colonial al momento de la Independencia, cuya clase privilegiada funcionaba a partir de las prebendas y de la desigualdad social, precisamente la base del enriquecimiento de los criollos.

En esta medida, resultaba imposible conformar un estado nacional sin la participación de los grupos mayoritarios que eran considerados subalternos e indignos de merecer derechos. El principio de una Independencia política implicó la continuidad de una herencia colonial oprobiosa y antimoderna.

Al respecto, revisemos las opiniones de algunos miembros de la élite criolla del siglo XIX. Lucas Alamán, advertía sobre la peligrosidad de instruir a los indios; José María Mora pensaba que “el indio era un ser inferior, por lo cual la identidad y los mitos nacionales había que buscarlos en la raza blanca”⁶; Carlos María Bustamente⁷ reaviva la teoría colonial del “*diabolismo*” indígena, mientras que Marcos Arronis considera traidores a los que niegan el beneficio de la conquista y critican la dominación española.

En general, este pensamiento considera el pasado mesoamericano como un estigma nocivo para la modernización de la sociedad mexicana, al extremo de afirmar que la deplorable condición social de los indios es el resultado de una mezcla biológica e histórica, puesto que tales mezclas provocan la decadencia de la raza indígena produciéndose en cambio, una conducta de barbarie y una civilización mutilada.

Para estos intelectuales de los primeros cincuenta años de la Independencia del país no cabía la posibilidad de que la grandeza mexicana encontrara sus símbolos de nacionalidad, mexicanidad e identidad en culturas prehispánicas degradadas por sus concepciones del universo y sus prácticas religiosas salvajes. En esta línea, podría exaltarse la fuerza física de la raza indígena pero de ninguna manera su cultura, puesto que a todas luces la ubicaron como inmensamente inferior frente a la

⁵ Véase a Gómez Izquierdo, José Jorge (coordinador), (2005) *Los caminos del racismo en México*, Plaza y Valdés Editores, México, pp. 89-115

⁶ Op cit, p. 1310

⁷ Op, cit. p. 1310

europaea; el problema se reveló como insoluble debido a que la inmensa mayoría de la población era india, lo que impedía que fuera ignorada por la elite que rechazaba el concepto de unidad, en tanto que el atraso social, económico, político y cultural se explicaba en función de la propia condición de indios; esto es, su circunstancia indígena generaba los factores de su atraso y de su incivilización.

En general, los criollos que detentaban el poder político en el gobierno y en el congreso, consideraban irresolubles las diferencias entre sistemas de creencias religiosas y culturas totalmente diferentes; esto es, prácticas, tradiciones y costumbres de la población india que no habían podido cancelar ni por la fuerza ni mediante la persuasión de los evangelizadores y latifundistas coloniales, pues continuaron reproduciéndose en el México independiente y cuyo grupo dominante las seguían observando como idolatría, puesto que no le conferían el rango de cultura. Entre tanto, crecía la población mestiza que luchaba por el reconocimiento de los vencedores. En esta perspectiva, la “solución” criolla consideró que una gran emigración europea conformaría una barrera humana a través del mestizaje; tal hibridación mejoraría la raza puesto que genética y culturalmente surgiría un nuevo mexicano con los principios engrandecedores de la cultura occidental⁸.

EL RACISMO EN EL PORFIRIATO

Cabe señalar que al inicio del siglo XX, un poco más del 80% de la población mexicana era rural y analfabeta e indígena y por lo tanto incapaz de aprender. El destino de los 12 millones de habitantes rurales de un total de 15 millones era la condición de peones acasillados o en el mejor de los casos “medieros”, caracterizados por su pobreza y por la inexistencia de oportunidades debido a la inamovilidad social fomentada por la reproducción de las estructuras agrícolas coloniales, sobre todo si se considera que 800 familias poseían el 98% de las tierras destinadas al cultivo y a la ganadería.

Un ejemplo evidente de esta concepción racista se localiza en José Yves Limantour, ministro de Hacienda durante casi toda la dictadura porfirista, quien explicaba que las sociedades no admitían débiles ni impreparados pues estaban destinados a perecer y consecuentemente a dejar el campo a los más fuertes; es decir: *laissez faire, laissez passer*.

Resulta claro el racismo de la clase dominante, por lo que durante el porfiriato se practicaron políticas de exterminación india, sometiéndolos a una sobreexplotación del trabajo, fomentando el desarraigo territorial, cazándolos o bien asesinandolos con intervención del ejército; otro ejemplo de la práctica racista de este período lo hallamos en Francisco Bulnes, quien sostenía que el indio mexicano era irremediabilmente inferior por habitar en zonas tropicales y geográficamente muy accidentadas; en consecuencia, sostenía que el dominio de la minoría sobre esa mayoría india era

⁸ Op.cit. Gómez Izquierdo, José Jorge. pp. 20-21

legítima; incluso Justo Sierra que luchaba por la creación de una nacionalidad mexicana, consideraba como una necesidad inaplazable la desaparición de las etnias indígenas como resultado de un creciente mestizaje.

Ciertamente en el trasfondo de este discurso se encontraba una relación de poder que implicaba el dominio de los menos sobre una inmensa mayoría dominada para que funcionaran como mano de obra devaluada o esclava en los latifundios de los hacendados que indudablemente se convirtieron en factores anticapitalistas, puesto que sus ganancias eran el producto de una abundancia de mano de obra y de tierra; esto es, el ejercicio de una agricultura extensiva y de baja productividad que no liberaba la mano de obra al retenerla en calidad de peones acacillados mediante la estrategia de una deuda artificial e interminable, que además era otra de las formas para depauperar a los indios y campesinos; por si fuera poco, les arrebataban sus tierras precisamente para incrementar los latifundios y para convertirlos en mano de obra esclava.⁹

Evidentemente, el siglo XIX de México no pudo promover los conceptos de modernización y por lo tanto la apertura del capitalismo con bases propias en función de que las estructuras sociales y económicas se sostenían en el andamiaje del racismo, entendido como una clara relación de poder, aunque tal concepción reprodujera también las condiciones del atraso y del subdesarrollo. Se entendió la modernización como una simple imitación de los valores de la cultura occidental adoptados por la élite económica, política y cultural.

Durante la prolongada dictadura porfirista -1876-1910- se escuchaban voces que consideraban al indígena como un ser que podría identificar su espíritu con la cultura “*legítima*” a través de la unidad del idioma, que conduciría inevitablemente a la configuración del espíritu nacional y de la mexicanidad. La paradoja se constituía precisamente por la inexistencia de una lengua nacional, por lo que a los ojos “de los bien intencionados” el país se encontraba en un callejón sin salida. Entretanto, desde el porfiriato se empezó a tejer la realidad virtual de la igualdad nacional a partir del dominio de un mestizaje biológico y cultural, la tolerancia de diferentes símbolos identitarios y también de la desaparición de la propiedad comunal para promover la modernización de México, perfilados como factores que conducirían al predominio de los vínculos de la cultura blanca, criolla y mestiza con la intención de que el mestizaje se convertiría aceleradamente en el segmento mayoritario y consecuentemente dominante. El asunto era promover la mezcla de los indios con los blancos y criollos.

En consecuencia, el proceso de “*emblanquecimiento*” mestizo se extendió pero no sobre la base de uniones reconocidas y mucho menos por invitación a europeos y estadounidenses para que vinieran a enseñar sus técnicas agrícolas y a mezclarse con los indios mexicanos, debido a que el

⁹ Véase a Ceceña G. José Luis, 1970 *México en la Órbita Imperial*. Ediciones el Caballito, México, p.p. 55-113.

proyecto nunca prosperó y que lamentó mucho la elite criolla dominante; lo que si sucedió fue el “emblanquecimiento” cultural.

LA CONTINUACIÓN DEL RACISMO DURANTE EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO.

La Revolución triunfadora difundió la idea de que “los mexicanos” somos hijos de dos pueblos y de dos razas; nacimos de la conquista y nuestras raíces están en las tierras que habitaron los pueblos “aborígenes” y en el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia; a él le debemos el alma¹⁰. Precisamente, se inicia durante el porfiriato una dicotomía respecto de la conformación del alma nacional como producto de una herencia cultural española que por superioridad se impuso sobre un conjunto de culturas a las que eufemísticamente llamaron infantiles y cuyo punto de unión se localizaba en el mestizo que se empezó a construir como un mito: la raza de bronce, la raza cósmica, sostenida en los mejores valores de los respectivos orígenes, aunque lo cierto era que las elites y la mayoría mestiza seguían entremezclando el desprecio al indio y la admiración servil a la piel blanca y cultura europea.¹¹

Con los gobiernos revolucionarios se consolidó un estado nacionalista que sin abjurar abiertamente de los indios se les trató de nulificar incorporándolos de formas violentas a la cultura dominante y siempre en condiciones de mano de obra devaluada; los indios se “civilizaron” al constituirse como albañiles, cargadores y sirvientes de la sociedad urbana durante los 60 años en que dominó el llamado nacionalismo revolucionario y que nunca consiguió la incorporación de los indios a través del respeto de sus culturas, al contrario, su obligación consistía en aprender de manera violenta un español deformado y en negarles las oportunidades para constituirse como mexicanos.

Al respecto, Bonfil Batalla¹² considera que en el México contemporáneo más que un mestizaje biológico se produjo un mestizaje cultural que condujo a que muchos de los indios de segunda generación que habitan en las ciudades mexicanas aborrecieran su origen, su ancestro; esto es, lo que Guillermo Bonfil Batalla llama el México profundo, provocándose en consecuencia, una esquizofrenia identitaria que bajo la luz de los procesos de cambio se convierte en un factor no solamente de antimodernización, sino de una vergonzosa desigualdad social caracterizada por la distinción de clases sociales y por los rasgos raciales y culturales.

Al inicio del siglo XXI, en México se han propiciado márgenes de tolerancia a los pueblos indígenas, lo que significa que pueden mejorar sus niveles de vida sin que esto suponga la renuncia

¹⁰ Sierra Méndez, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, citado por José Jorge Gómez Izquierdo (2005) en *Los caminos del racismo en México*, Plaza y Valdés Editores, México, pp. 147.

¹¹ Véase a Villegas Abelardo, (1988) *La Filosofía de lo mexicano*, UNAM, México, pp. 89-99

¹² Bonfil Batalla, Guillermo, (1990) *México Profundo. Una civilización negada*. Conaculta-Grijalbo, México. Pp.73-96.

a su cultura, con la intención de que se integren a una mexicanidad que respete su origen identitario, lo que supuestamente implica que el racismo también quede eliminado y de ningún modo envuelto en las brumosas concepciones del *folklorismo*, del pintoresquismo y del paternalismo, puesto que son subterfugios que intentan disimular el racismo escondido que oculta la población urbana creciente y que mucho se vincula con los grupos de población políticamente conservadores, aunque no es suficiente promover solo la tolerancia, lo que se tiene que anular es la percepción racista de la cultura mestiza dominante.

CONCLUSIONES

Así pues, a lo largo de esta ponencia, cuyo tema forma parte de una investigación en proceso, se plantea que el racismo es innegable en la sociedad mexicana contemporánea, y cuyo origen se halla en la conquista; pero lo que me interesa explicar son las formas en que se expresa y cómo y quienes lo practican, particularmente cómo lo explican y quiénes lo manifiestan, siempre entendido en la dimensión de una relación de poder y dominio, que se convierte en un factor de obstáculo para el advenimiento de la democracia y del desarrollo del México contemporáneo. La intención consiste en explicar el racismo como elemento discordante en la consolidación de un México unitario y armónico culturalmente con el propósito de generar propuestas que conduzcan a la sociedad mexicana a extirpar el daño del racismo que hipócritamente se trata de ocultar. Si se conoce cómo lo asumen y lo practican quienes lo ejercen se podrá dar una mejor explicación de tal fenómeno y por lo tanto elaborar políticas para combatirlo.

Por el proceso con el que se ha pretendido configurar una “*identidad nacional*” que más bien corresponde a circunstancias ideológicas, el racismo abierto y latente que expresa la mayoría de la población urbana mexicana se vincula a su origen étnico-racial olvidado o rechazado, independientemente de la clase social a la que se pertenece, aunque no necesariamente se correlaciona el racismo con la clase social, con el tono de piel o con la ideología política; más bien hay un entrecruzamiento con estas diversas variables, lo que indudablemente oscurece las posibilidades reales de saber con precisión las manifestaciones del racismo; descifrarlas podría contribuir a entendernos mejor como una sociedad diversa cuya riqueza se localiza en su heterogeneidad, misma que hasta ahora ha favorecido la exclusión y la desigualdad abrumadora que mucho entorpece el impulso de un verdadero desarrollo de las estructuras económicas, políticas, sociales y culturales de la sociedad mexicana contemporánea.

Bibliografía

- Bonfil Batalla, Guillermo, (1990) *México Profundo. Una civilización negada*. Conaculta-Grijalbo, México.
- Castellanos Guerrero, Alicia (2003), *Imágenes del Racismo en México*. UAM Plaza y Valdez, México.
- Ceceña G. José Luis (1970), *México en la Órbita Imperial*. Ediciones El Caballito, México.
- Geertz, Clifford (1991), *La interpretación de la Culturas*. Gedisa Editorial, México.
- Gimenez Montiel, Gilberto (2005). *Teoría y Análisis de la Cultura*. Conaculta, volumen, 1, México
- Gómez Izquierdo, José Jorge (Coordinador) (2005) *Los caminos del racismo en México*, Plaza y Valdés Editores, México.
- Forescano, Enrique (1994.) *Memoria Mexicana* F.C.E. México.
- Sierra Méndez, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano*, citado por José Jorge Gómez Izquierdo (2005) en *Los caminos del racismo en México*, Plaza y Valdés Editores, México.
- Touraine, Alain, (1994) *Producción de la Sociedad*, UNAM, México.
- Thompson, John, B. (1998) *Ideología y Cultura Moderna*, UAM, Xochimilco, México.
- Villegas Abelardo, (1988) *La Filosofía de lo mexicano*, UNAM.